

095. El Beato Papa Pío IX

¿Quieren saber ustedes quién era el santo que hoy presentamos, el Beato Pío IX? Nos lo van a decir nada menos que dos santos. San Juan Bosco, oída la noticia de la muerte del Papa, dijo estas palabras: *Hoy se ha extinguido la luz del sumo e incomparable astro de la Iglesia, el Papa Pío IX. Dentro de poco tiempo estará ciertamente en los altares.* Y el Beato José Baldo, se expresaba así: *Vendrá un día en que nuestro siglo tomará el nombre de un Papa extraordinario, el Papa Pío IX. Dirá la Historia que todo el mundo tuvo los ojos clavados en Pío IX. Dirá que tuvo la fuerza del león y al mismo tiempo la amabilidad, la ternura y la suavidad de una madre.*

Pío IX, el Papa que más años ha durado en el Pontificado —treinta y dos nada menos—, era un hombre muy simpático y con mucho sentido del humor. Ya mayor, tenía las piernas bien llagadas y esto le hacía sufrir. Una señora, también con mal en las piernas, logró hacerse con unos calcetines grandes que había usado el Papa. Se los puso con fe, y curó de su enfermedad. Le cuentan la historia del milagro al Papa, que contesta festivo: *¡Vaya qué mujer tan divertida! Llevo yo tanto tiempo poniéndome cada día esos calcetines, y las piernas me siguen bien llagadas. Se los pone ella una vez, y dice que se ha curado...* Otro día ha de sufrir una operación quirúrgica, con una anestesia que servía para poco. Sufre mucho en la operación, sin quejarse para nada. Y felicita después riendo al cirujano: *Es usted un astrónomo formidable. Me ha hecho usted ver más estrellas que el director del observatorio con su telescopio.*

Con bromas como éstas sabía esconder el querido Papa el dolor que le causaba la pesadísima cruz que llevaba encima. Por algo se le llamó *El Papa de la Cruz*. Así se lo profetizó una religiosa santa. El Cardenal, al ir a Roma, se detiene en un monasterio de monjas, y les dice: *Al acabar el cónclave, me detendré aquí otra vez para celebrarles la Santa Misa.* A lo que respondió la santa Superiora: *No, Señor Cardenal, no. En Roma le espera la Cruz.* El Cardenal, efectivamente, fue elegido Papa.

La gran cruz de Pío IX fue la cuestión italiana. El Rey del Piamonte, Víctor Manuel II, dirigido siempre por las logias masónicas, lleva adelante la Unidad de Italia, para lo cual ha de arrebatar al Papa los Estados Pontificios. Abre a cañonazos la brecha en las murallas de Roma, se apropia de la Ciudad y el Papa queda prisionero hasta su muerte, encerrado voluntariamente en el Vaticano.

Sin embargo, el Papa tan perseguido, tan calumniado, tan odiado por los enemigos de la Iglesia, realiza en su Pontificado dos actos que lo harán inmortal.

El primero es la Definición Dogmática de la Inmaculada Concepción de María. Hacía siglos que el Pueblo cristiano suspiraba por ver puesta esta corona sobre las sienes de la Virgen. Y el día 8 de Diciembre de 1850 el Papa declaraba ante una multitud inmensa: *En nombre de Nuestro Señor Jesucristo declaramos que ha sido revelado por Dios que la Virgen María, por gracia singular y privilegio de Dios omnipotente, y en vista de los méritos de Jesucristo, fue preservada inmune de toda mancha de pecado original.* Está históricamente comprobado que, en aquel instante, brilló un haz de luz celestial sobre el rostro del Papa surcado de lágrimas.

Le preguntaron después al Papa: *¿Y qué sintió al definir el dogma de la Inmaculada?* A lo que Pío IX respondió con sencillez: “Al llegar a las palabras de la definición, Dios otorgó a su Vicario tal fuerza que resonó su voz en toda la basílica. Yo estaba tan impresionado de esta ayuda divina que me tuve que callar por unos momentos para contener mis lágrimas. Al mismo tiempo, mi alma tuvo un conocimiento tan claro y tan profundo de la pureza inmaculada de María, que quedé abismado en esa contemplación, acompañada de una dulzura y unas delicias imposibles de describir, delicias que no son de la tierra, sino que sólo se pueden vivir en el Cielo”.

A los cuatro años, la misma Virgen venía a confirmar en Lourdes el gesto del Papa, cuando apareciéndose a Bernardita, la Virgen juntó las manos ante su pecho, alzó los ojos al cielo, lanzó un suspiro, y exclamó con voz emocionada: *¡Yo soy la Inmaculada Concepción!...*

Después, con el Concilio Vaticano Primero, vino la definición de la infalibilidad pontificia. Todos los Obispos, reunidos en asamblea ecuménica y asistidos por el Espíritu Santo, declaraban, y el Papa confirmaba, la resolución del Concilio, a saber: *Que el Papa, cuando habla solemnemente como Vicario de Jesucristo para toda la Iglesia en materias de fe y costumbres, es infalible, no se puede equivocar, y su enseñanza debe ser aceptada por todos, como revelada que ha sido por Dios.* Esto sucedía el 18 de Julio de 1870. El 20 de Septiembre era ocupada Roma y el Papa se encerraba prisionero en el Vaticano. Los enemigos de siempre pensaban que habían acabado con la Iglesia. Pero el mundo católico se apretó en torno al Romano Pontífice. Desde entonces, el Papa, sea el que sea, ha sido más amado que nunca.

Al principio del Concilio Vaticano el Papa lanzó una arenga con estas palabras: *Ninguna cosa es más fuerte que la Iglesia. La Iglesia es más fuerte que el mismo cielo, pues está la palabra de Jesús: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.* Y recordando a Pedro, añadía lo del Señor: *Los poderes del infierno no podrán contra ella.* Esto lo decía el Papa en los mismos días en los que un blasfemo poeta (Carducci) lanzaba su canto diabólico: *¡Salve, Satanás!...*

Pero, ¿quién venció al fin? Poco antes de morir, prisionero en el Vaticano, el Papa concluía un documento suyo recordando a los mártires: *¡Cuántas calderas hirvientes, cuántas hogueras, cuántos dientes de fieras, cuántas espadas!... Sin embargo, no han conseguido nada. ¿Dónde están todos aquellos enemigos? Han parado en el silencio y en el olvido. ¿Y dónde está la Iglesia? Sigue resplandeciendo más que el sol.*

Cierto. Y el Beato Papa Pío IX, brillando también en los altares...